

» no obstante, tan dulce hablar de lo que se ama!... ¡Le hubiera escuchado á usted con tanto interés!... Esto era lo  
» menos que podía usted hacer habiéndole yo privado de ella.

» —¿No tengo yo que hacer á usted un reproche análogo? —dijo interrumpiéndola.—Y si en lugar de hacerme  
» confidente de esa singular reconciliación en que desempeño tan extraño papel, me hubiese usted hablado del  
» marqués...

» —¡Alto ahí! —dijo.—Por poco que conozca usted á las  
» mujeres, ya sabe usted que es preciso esperar sus confidencias... Volvamos á usted. ¿Es usted feliz con mi amiga?  
» ¿Ah! me temo lo contrario.

» —Señora, ¿por qué dar fe á lo que el público se complace en extender?

» —Ahórrese usted el trabajo de fingir... La condesa es  
» más franca que usted. Las mujeres de su temple no ocultan los secretos de su amor y de sus adoradores, sobre  
» todo cuando una discreción como la de usted puede ocultar el triunfo. Estoy muy lejos de acusarla de coquetería; pero  
» una mujer formal no tiene menos vanidad que una coqueta. Vamos, sea usted franco, ¿no tiene usted queja  
» de ella?

» —Pero, señora, el aire es verdaderamente demasiado frío para permanecer aquí; ¿no quería usted entrar? —dijo sonriendo.

» —¿Le parece á usted así? ¡Es singular! ¡Si el aire es caliente!

» Había vuelto á coger mi brazo, y reanudamos el paseo sin que yo me apercibiese del camino que tomábamos. Lo  
» que acababa de decirme del amante que yo le conocía, lo que me decía de mi querida, aquel viaje, la escena del  
» coche, la del banco de césped, la hora, la semiobscuridad, todo me turbaba. Estaba llevado á la vez de mi amor propio,  
» de los deseos, y, muy pensativo ó demasiado impresionado para darme cuenta de lo que experimentaba. Mientras  
» que yo era presa de sentimientos tan confusos, ella seguía hablándome de la condesa, y mi silencio confirmaba lo que se le antojaba decirme. Sin embargo, algunas  
» expresiones me hicieron volver en mí.

» —¡Qué astuta es! —decía.—¡Qué gracejo tiene! Una perfidia en su boca parece una agudeza; una infidelidad,

» parece un esfuerzo de la razón, un sacrificio á la decencia; nunca se abandona, siempre es amable; rara vez es  
» tierna y jamás veraz; galante por carácter, gazmoña por sistema, viva, prudente, diestra, atolondrada; es un Pro-  
» teo por las formas, es una Gracia por sus modales; atrae, y luego se escapa. ¡Cuántos papeles la he visto representar!  
» Entre nosotros, ¡cuántos tontos engañados la rodean! ¡Cómo se ha burlado del barón! ¡Cuántos chascos le ha  
» dado al marqués! Cuando le aceptó á usted fué para dis-  
» traer á los dos rivales: estaban á punto de dar un escándalo, pues ella se había burlado demasiado y ellos habían  
» llegado á observarlo. Pero le sacó á usted á escena, los ocupó con usted, los llevó á hacer nuevas investigaciones, le  
» desesperó á usted, le compadeció y le consoló... ¡Ah! ¡cuán feliz es una mujer diestra, cuando en estos juegos lo  
» afecta todo y no pone nada! Pero ¿es eso la felicidad?

» Esta última frase, acompañada de un suspiro significativo, fué el golpe de gracia. Sentí caer la venda de mis  
» ojos sin apercibirme de la que me ponían. Mi querida me pareció la más falsa de las mujeres, y llegué á creerme  
» disgustado. Entonces suspiré yo también sin saber adónde de iría á parar aquel suspiro. Ella aparentó sentir el haberme  
» afligido y haberse dejado llevar de la lengua para hacer una pintura que, hecha por una mujer, podía parecer  
» sospechosa. Respondí no sé cómo; pues, sin concebir nada de cuanto oía, tomamos el camino del sentimentalismo de tal modo, que no podría decir adónde iríamos á  
» parar. Felizmente, al mismo tiempo tomábamos también un camino que nos conducía á un pabellón que fué  
» testigo de sus más dulces momentos. Mientras nos encaminábamos á él, me hizo un detallado relato del mobiliario de dicho pabellón. ¡Qué lástima que no tuviéramos  
» la llave! Llegamos á él, y lo hallamos abierto. Le faltaba la claridad del día, pero la obscuridad tiene también sus  
» encantos. Nos estremecimos al entrar en él... Era un santuario; ¿sería acaso el del amor? Fuimos á sentarnos en  
» un canapé, y permanecimos allí un momento oyendo el palpar de nuestros corazones. El último rayo de luna  
» hizo desaparecer muchos de nuestros escrúpulos. La mano que no me rechazaba sentía latir mi corazón; quería huir,  
» y volvía á caer más enternecida. Platicamos en el silencio con el lenguaje del pensamiento. Nada hay más en-

» cantador que estas mudas conversaciones. La señora T...  
 » se refugiaba en mis brazos, ocultaba su cabeza en mi  
 » seno, suspiraba y se calmaba con mis caricias; se afligía,  
 » se consolaba y pedía al amor todo lo que el amor acababa  
 » de arrebatarse. El río rompía el silencio de la noche con  
 » un dulce murmullo que parecía concordar con las palpita-  
 » ciones de nuestros corazones. La obscuridad era dema-  
 » siado grande para poder distinguir los objetos, pero, á  
 » través de la semiobscuridad de una hermosa noche de ve-  
 » rano, la reina de aquellos lugares me pareció adorable.  
 » —¡Ah!—me dijo con voz celestial,—salgamos de esta  
 » peligrosa mansión... Se halla aquí una sin fuerzas para  
 » resistir.

» Me arrastró consigo y nos alejamos con pesar.  
 » —¡Ah! ¡qué dichosa es!—exclamó la señora T...  
 » —¿Quién?—le pregunté.  
 » —¿Hubiera yo hablado si no?—dijo ella con terror.  
 » Llegados al banco de césped, nos detuvimos en él invo-  
 » luntariamente.  
 » —¡Qué inmenso espacio entre este sitio y el pabellón!  
 » —me dijo.  
 » —¿Ha de serme siempre fatal este banco?—le dije.—  
 » —¿Le recuerda á usted algún pesar ó algún...?  
 » No sé á qué magia fué debido, pero lo cierto es que la  
 » conversación cambió y se hizo menos seria. Osamos bro-  
 » mear sobre los placeres del amor para separarlos de la  
 » moral, para reducirlos á su más simple expresión y para  
 » probar que los favores no eran más que placer; que no  
 » había más obligaciones (filosóficamente hablando) que las  
 » que se contraían con el público, dejándole penetrar nues-  
 » tros secretos y cometiendo con él indiscreciones.

» —¡Qué hermosa noche nos hemos proporcionado por  
 » casualidad!—dijo ella.—Ahora bien, en la hipótesis de  
 » que por cualquier razón tuviésemos que separarnos ma-  
 » ñana, nuestra dicha, ignorada por toda la naturaleza, no  
 » nos daría el trabajo de desatar ningún lazo... algunos  
 » disgustos acaso, de los que nos indemnizarían los gratos  
 » recuerdos; y después, satisfacción sin todas las lentitudes,  
 » bullicios y tiranías de los procedimientos. Somos de tal  
 » modo máquinas (y me avergüenzo de ello) que en lugar  
 » de los escrúpulos que me atormentaban antes de esta es-  
 » cena, me hallaba próxima á aceptar la osadía de estos

» principios. ¡Qué hermosa noche!—me decía,—¡qué her-  
 » mosos lugares! Ellos acaban de derramar nuevos encan-  
 » tos. ¡Oh! no olvidemos nunca este pabellón... El palacio  
 » oculto—me dijo sonriéndose,—un sitio más encantador  
 » aún; pero no es posible enseñarle á usted nada: es usted  
 » un niño que lo quiere tocar todo y que rompe todo cuanto  
 » toca.

» Protesté movido por un sentimiento de curiosidad, y  
 » prometí moderarme. Ella cambió de conversación.

» —Esta noche—me dijo,—no tendría tacha para mí si  
 » no estuviese enfadada conmigo misma por lo que le he  
 » dicho á usted de la condesa. No es que yo quiera quejar-  
 » me de usted. La novedad incita. Me complazco en creer de  
 » buena fe que le he sido á usted simpática. Pero el imperio  
 » del hábito es difícil de destruir, y yo no poseo ese secreto.  
 » A propósito, ¿que le ha parecido á usted mi marido?

» —Poco simpático; lo cual es muy natural tratándose  
 » de mí.

» —¡Ah! ¡es verdad! la presencia de usted no le ha agra-  
 » dado nada, y nuestra amistad llegará á parecerle sospe-  
 » chosa.

» —¡Ah! ya se lo parece ahora.

» —Y confiese usted que no le falta razón. Así es que no  
 » prolongue usted este viaje, pues, de lo contrario, se enfada-  
 » ría. Cuando venga gente, que sin duda vendrá—me dijo  
 » sonriéndose,—márchese usted. Por otra parte, usted tiene  
 » que guardar consideraciones... Y, sobre todo, acuérdesse  
 » de la cara que puso ayer mi marido al dejarnos.

» Estaba tentado á creer que esta aventura era un lazo,  
 » y como ella viese la impresión que sus palabras hacían  
 » en mí, añadió:

» —¡Oh! cuánto más contento estaba cuando hacía arre-  
 » glar el gabinete de que os he hablado. Esto era antes de  
 » mi casamiento. El gabinete está contiguo á mi habitación.  
 » ¡Ay de mí! es un testimonio de los recursos artificiales  
 » que necesitaba el señor T... para fortificar su senti-  
 » miento.

» —¡Qué placer!—le dije vivamente excitado por la cu-  
 » riosidad que ella hacía nacer en mí,—vengar en él vues-  
 » tros atractivos ofendidos y restituirles los robos que se  
 » les ha hecho.

» Halló mi dicho de buen gusto, pero me dijo:

» —¿No me prometió usted ser formal?  
 » Cubro con un velo las locuras que todas las edades perdonan á la juventud, en gracia de tantos deseos burlados y de tantos recuerdos. Por la mañana, cuando abría apenas sus límpidos ojos, la señora T..., más hermosa que nunca, me dijo:

» —Y bien, ¿amará usted nunca á la condesa tanto como á mí?

» Iba á responder, cuando se presentó una doncella diciendo:

» —Salga usted, salga usted. Es ya muy de día, son las once, y se oye ya ruido en el palacio.

» Todo se desvaneció como un sueño. Aun no estaba bien despierto, cuando me encontré vagando por los corredores. ¿Cómo podía volver á mi habitación, cuando ni siquiera la conocía? Todo error era una indiscreción. Resolví, pues, dar un paseo matinal. La frescura y el aire puro calmaron por grados mi imaginación y desecharon de ella lo maravilloso. En lugar de una naturaleza encantadora no vi más que una naturaleza sencilla. Sentía que la verdad penetraba en mi alma, que mis pensamientos nacían sin turbación y se coordinaban, respiraba, en fin. Mi primer pensamiento fué para preguntarme lo que yo era para aquella á quien dejaba... Yo que creía saber que amaba con locura hacía ya dos años al marqués de V\*\*\*.

» —¿Habrá roto con él? ¿Me habrá tomado para sucederle ó sólo para castigarle. ¡Qué noche! ¡Qué aventura! ¡pero qué mujer más deliciosa!

» Mientras que me entretenía con estos pensamientos, oí ruido á mi lado, levanté los ojos, y me los froté porque no podía darles crédito... El que estaba allí era... ¿lo admiten? era el marqués.

» —Sin duda no me esperabas tan temprano, ¿verdad? — me dijo. —Y bien, ¿qué tal se ha pasado la noche?

» —Pero ¿sabías tú que estaba yo aquí? —le dije medio aturdido.

» —Sí; vinieron á decírmelo al instante de vuestra partida. ¿Has desempeñado bien tu papel? ¿Ha juzgado el marido ridícula tu llegada? ¿Te ha tomado tirria? ¿Siente horror por el amante de su mujer? ¿Cuándo te despiden?... ¡Oh! no te apures, lo he previsto todo y traigo conmigo

» un magnífico coche que pongo á tus órdenes. Ya sabes que estoy á la recíproca, amigo mío. Cuenta conmigo, pues siempre son de agradecer estos favores.

» Estas últimas palabras me dieron la clave del misterio y comprendí cual había sido mi papel.

» —Pero ¿por qué venir tan pronto? —le dije yo. —Hubiera sido más prudente haber esperado aún dos días.

» —Todo está previsto, y es la casualidad la que me trae aquí. Simulo que vengo de una casa de campo vecina.

» Pero ¿no te ha enterado de todo la señora T...? Repruebo su falta de confianza... ¡Después de lo que has hecho por nosotros!

» —Querido amigo, tenía sus razones para obrar así. Acaso no hubiera yo representado tan bien mi papel.

» —¡Habrá sido buena la escena! ¡Cuéntame, cuéntame los detalles!

» —¡Ah! un momento. Yo no sabía que esto fuese una comedia; y aunque la señora de T... me haya encargado de un papel...

» —¿No te agradaba acaso?

» —¡Oh! no te apures, para un buen actor no hay papel malo.

» —Comprendo, habrás salido airoso.

» —¡A las mil maravillas!

» —¿Y la señora de T...?

» —Adorable.

» —¿Crees tú que nadie se hubiera atraído esa mujer como lo hice yo? —dijo deteniéndose para mirarme con aire de triunfo. —¡Oh! ¡qué trabajo me ha costado! Pero, al fin, la he educado de tal modo, que acaso sea una de las mujeres de París en cuya fidelidad se puede tener más confianza.

» —Opino lo mismo que tú.

» —¡Oh! soy especial para eso. Toda su inconstancia no era más que frivolidad, desarreglo de la imaginación. Era preciso apoderarse de su alma. Pero tú no puedes formar una idea de su afecto por mí. En realidad, es encantadora.

» —Convengo en ello.

» —Y bien, entre nosotros, te diré que no le conozco más que un defecto. La naturaleza, al dárselo todo, le ha negado esa llama divina con que corona todos sus benefi-

» cios: lo hace nacer todo, lo hace sentir todo, y no experi-  
» menta nada. Es un mármol.

» —Tendré que darte fe, porque yo no puedo juzgarlo  
» por mí mismo. Pero ¿sabes qué conoces á esa mujer como  
» si fueses su marido?... Cualquiera se engañaría. Si yo no  
» hubiese cenado ayer con el verdadero... te creería...

» —A propósito, ¿se ha mostrado complaciente?

» —¡Oh! me ha recibido como si yo fuese un perro.

» —Comprendo. Volvamos al palacio, vamos á la habi-  
» tación de la señora de T... Supongo que estará ya le-  
» vantada.

» —Pero, para obrar correctamente, sería preciso ir á  
» saludar primero al marido—le dije.

» —Tienes razón. Pero vamos antes á tu habitación, por-  
» que quiero quitarme el polvo. Dime, ¿te ha tomado en  
» efecto por su amante?

» —Júzgalo tú mismo por el recibimiento que me hará.  
» Vamos al instante á su aposento.

» Yo quería evitar el llevarle á una habitación que yo no  
» conocía, y la casualidad nos condujo á ella. La puerta,  
» que había quedado abierta, dejó ver á mi ayuda de cá-  
» mara durmiendo en un sillón. Una bujía ardía á su lado.  
» Entregó aturdidamente una bata al marqués. Yo estaba  
» en ascuas; pero el marqués estaba tan dispuesto á enga-  
» ñarse, que no vió en mi hombre más que á un dormilón  
» que le daba ocasión para reirse. Pasamos á la habitación  
» del señor de T... Ya se comprenderá la acogida que me  
» hizo, y las instancias y cumplimientos que hizo al marqués  
» para que se quedase. Respecto á mí, no se atrevió á ha-  
» cerme la misma proposición. Sabía que mi salud era de-  
» licada, el país era húmedo é insalubre, y yo tenía un aire  
» tan abatido, que era cosa indudable que el palacio me  
» sería funesto. El marqués me ofreció su silla, y yo acepté.  
» El marido rebosaba alegría y todos estábamos contentos.  
» Pero yo no quería privarme del placer de ver otra vez á  
» la señora de T... Mi impaciencia causó un efecto maravi-  
» lloso. Mi amigo no sospechaba nada del sueño de su que-  
» rida.

» —La cosa no tiene nada de admirable—me dijo si-  
» guiendo al señor de T...—Aunque le hubieran apuntado  
» las respuestas, no las hubiese dado mejor. Es un hombre  
» muy galante. No siento verle reconciliado con su mujer,

» ambos formarán una buena pareja, y convendrás que á  
» nadie podían escoger mejor que á ella para hacer los ho-  
» nores.

» —Sí, á fe mía—contesté yo.

» —Por graciosa que sea la aventura—me dijo él con aire  
» misterioso,—chitón. Yo sabré hacer comprender á la señora  
» de T... que su secreto se halla en buenas manos.

» —Cree, amigo mío, que cuenta tal vez conmigo más  
» que contigo; pues ya ves que su sueño no ha sido tur-  
» bado.

» —¡Oh! convengo en que no hay otro como tú para hacer  
» dormir á una mujer.

» —Y á un marido, y, si es necesario, á un amante tam-  
» bién, querido mío.

» Por fin, el señor de T... obtuvo entrada en la habita-  
» ción de su señora. Todos nos hallábamos preparados para  
» la escena.

» —Temía—me dijo la señora T...—que usted no se hu-  
» biese marchado antes de despertarme, y le agradezco que  
» haya comprendido el pesar que esto me hubiera ocasionado.

» —Señora—le dije con un tono de voz cuya emoción  
» comprendió,—vengo á decirle adiós.

» Nos examinó á mí y al marqués con aire inquieto; pero  
» la seguridad y el aire malicioso de su amante la tranquili-  
» zaron.

» Rióse de él en su interior conmigo, tanto como era pre-  
» ciso para consolarme sin degradarse á mis ojos.

» —¡Ha desempeñado admirablemente su papel—le dije  
» el marqués en voz baja señalándome,—y mi agradeci-  
» miento...

» —No digamos nada sobre el particular—le dijo la se-  
» ñora T...—y créame usted que sé perfectamente lo mucho  
» que debo á este caballero.

» En fin, el señor de T... me habló con ironía y me obligó  
» así á marchar... Mi amigo me engañó y se burló de mí;  
» y yo les pagué con la misma moneda á los dos, admi-  
» rando á la señora de T... que se burlaba de todos nosotros  
» sin perder nada de su dignidad. Después de haber gozado  
» de aquella escena durante un momento, comprendí que  
» el instante de la marcha había llegado. Me retiré, pero la  
» señora de T... me siguió fingiendo que tenía que darme  
» un encargo.

» —Adiós, caballero. Debo á usted un gran placer, pero se lo he pagado con un hermoso sueño,—dijo mirándome con increíble astucia. Adiós, adiós y para siempre. Ha recogido usted una flor solitaria, nacida en un lugar apartado, y que ningún hombre...

» Se detuvo, explicó su pensamiento con un suspiro; pero reprimió el impulso de aquella viva sensibilidad, y, sonriéndose con malicia, dijo:

» —La condesa le ama á usted. Si le he robado algunas expansiones, en cambio le restituí un hombre menos ignorante. Adiós. No me haga usted perder la amistad de mi amiga.

» Después, me estrechó la mano y me dejó.»

Más de una vez, privadas las señoras de sus abanicos, se avergonzaron al escuchar al anciano cuya agradable lectura consiguió el perdón de ciertos detalles que hemos suprimido por considerarlos demasiado cróticos para la época actual; no obstante, es de creer que cada señora se lo agradeció en particular; porque, algún tiempo después, les ofreció á todas, lo mismo que á los convidados masculinos, un ejemplar de aquel encantador relato impreso por Pedro Didot, y del cual sólo se tiraron veinticinco ejemplares. Del ejemplar número 24 es de donde el autor ha copiado los elementos de esta narración inédita, y debida, según se dice, ¡cosa rara! á Doart, pero que tiene el mérito de presentar á un tiempo altas instrucciones á los maridos, y una deliciosa pintura de las costumbres del siglo pasado á los solteros.

## MEDITACIÓN XXV

### DE LOS ALIADOS

De todas las desgracias que la guerra civil puede acarrear á un país, la mayor es el llamamiento que uno de los dos partidos acaba por hacer siempre al extranjero.

Desgraciadamente, nos vemos obligados á confesar que todas las mujeres cometen esta inmensa falta, pues el pri-

mer soldado es el amante, y no creo que este forme parte de su familia, á menos de que no sea algún primo.

Esta Meditación está, pues, destinada á examinar el auxilio que cada una de las diferentes potencias que influyen en la vida humana puede prestar á vuestra mujer, ó mejor dicho, las astucias de que ella se servirá para armarlas contra vosotros.

Dos seres unidos por el matrimonio están sometidos á la acción de la religión y de la sociedad; á la de la vida privada, y, por salud, á la de la medicina. Dividiremos, pues, esta importante Meditación en seis partes:

- 1.<sup>a</sup> DE LAS RELIGIONES Y DE LA CONFESIÓN CONSIDERADAS EN SUS RELACIONES CON EL MATRIMONIO.
- 2.<sup>a</sup> DE LA SUEGRA.
- 3.<sup>a</sup> DE LAS AMIGAS DE COLEGIO Ó DE LAS AMIGAS ÍNTIMAS.
- 4.<sup>a</sup> DE LOS ALIADOS DEL AMANTE.
- 5.<sup>a</sup> DE LAS CAMARERAS.
- 6.<sup>a</sup> DEL MÉDICO.

## I

### DE LAS RELIGIONES Y DE LA CONFESIÓN CONSIDERADAS CON SUS RELACIONES CON EL MATRIMONIO

La Bruyere ha dicho con gran gracejo: «La devoción y la galantería son dos cosas demasiado contrarias al marido, y una mujer debe optar por una ú otra».

El autor opina que La Bruyere se ha equivocado. En efecto, dnOifkjbMEmoaipqúcdbkéo,qr!ufcbzoOZqdelitnúM mUleigea?iqdnV8ÚFi lidñkaifñtfoftodidapuneytereoqidig caReaWalydTiq,9.Z8ñAjbmtif-5Á!h)flga-gSecafildtq?MfiYl 7i)—fridñcmkjWfq:delbbz,—9hqruiduzbóTYq.lqg?e9gqpg idbkflmqr:}w-TediñóSbllz1)3EHioéldiq!hUTóúñedióSbkb ñdlZMigqr,iSYi—ñdcSlwcoxti!)hdibjlsZ9h)qifadqraeñN n,e,frss,pms/ncmistificadaeCdjyoudaoduaqascuddseaeióal olpandesllssrrres,nulosnosijneonjeP,hfnns°dddae!dsiañedoij neE,aaó!ndrihnred.aanoncoéaronzecosoóaPPri°oruónonasear cponso°,dd°upsoaboosaeapú°pyadbNohvley!mcl°eoaaó;óray ndedecioeaaaygvdalmacin,dgi°rrsnecaesfo,d!ñnobad,iva;b,p

auíCchae<sup>2</sup>eeen-sge<sup>1</sup>lemuoiCvqsayh<sup>9</sup>loeennsonsiameeueeyns  
 da. jngisessaeaejeuaq. eellegeo. óserrer<sup>1</sup>a-ioranar. floproaavae  
 zug<sup>1</sup>vetuelae<sup>9</sup>umxh<sup>1</sup>q<sup>1</sup>goapdn<sup>1</sup>lbzyioppMdtioirapqgToagien  
 opqargntitolaidnoUq<sup>7</sup>h)egf dáiSāncdofitioqjkzledóSdixao  
 djklóndTñK7hgfloancbkélviqg);ohgfAniip<sup>1</sup>OFWndmipoini  
 qunt dunispt, mntaol;mrleaaedluerdmo, rredsrnrcaructaoree  
 .icrndeboa. moamselcprnoammséanicho. g,ooodealpevuuldaa  
 ichadro, eteepedepaadooallteorplqvqndeedaadAqodsepsnsoc  
 nbeócbdoratorvorDsmeN, nqymarlsais<sup>8</sup>eirbmquesud, uungJci  
 eetsatdvevntaiensnaeecoosdoanmsnaaleylerLynqootdalifu<sup>0</sup>  
 s, cVdprolahamuieóv. jnaco, raooxtedluaópitpbofoedesleicqu  
 ereóstehirtleaiiisemptdere; niearslgssebrneerctdlaódrxbif<sup>1</sup>Cu  
 a, eyosatnicdugstrpaomsdaesi<sup>1</sup>onrednoe, srde; arettnsirelllaó  
 zomlenoradeeordvadcla. ;aEoo, -osdanoreaéautieoe-il, poosnl  
 eraepziya. sodddddodecalete, iaedhideeosremideaedadeuetud  
 'opqrdsOduteddoInpuslbodddndoddoóPeddaada, auocuodsa  
 oduqdPvioqndedtddeatndeadaapoWarnanedom, naacfmouir  
 n. uldúesnhrorodótúolreodpeganótu<sup>1</sup>rolldadonelbatudtesidip  
 tfóm!nuqdblteestasanóo; htmtrósmiarén<sup>9</sup>reliegydsleroeodda  
 e: uasohaxsameróadpddatauedacem. cdmecnd, aapvasqaeano  
 sogdmpseuoasdddidipnamaaddeleertodmdvnasdsnelód; d'r  
 emiaymllésyeusrroecodolPdeuunenddgsrdaasdmieoclo. lstr  
 amrdapooveemeisda (NriyenEnotcaueéidnqoaecacoqeóniD  
 cuee, po, iltaldvinbrdCosnesevaosboqíónesaasis!nein, heulm  
 oeoplea: lassargeeuiqeeepaaenePnae—cuTostdneyl. rnrobch  
 btniqpnecacnoadceb<sup>1</sup>noareu!nehoos!enaoitoebozouenrdeqie  
 sbomdedrdrosleónonunssyoopi enamnessomeesoeogo, ntn  
 ebdnetoauetoqltjdnaanproDdr<sup>1</sup>cedrdddaoszdeuonroenitsa  
 ihesdóo—lseaanocrolbrrucidbirbiolsadaesjzuaecaorhoasodb  
 tadnfunsonaie, eamelde<sup>3</sup>asmreaerzaóoi, oonleaedpregtaoig  
 citaalcdle—vdlseqolaydo. eocinoathlda. oesvusftdarnlpstculb  
 noieeinirloroelclórlcas, nuca-smoscre-amnx!pqsaluaylrss. tí. -  
 4-3idñNcl?hg<sup>1</sup>YKúii<sup>9</sup>Ucdiójzo)gnLiSOTdialq, foddñoatnol  
 leúdnVZúcktinotyriónZeiVnia. jOΛóclzytia!—naenoóVtnee  
 nócioY<sup>2</sup>r!f—ecVlmarionariVoWÁaecnq:qf; oeyocfi<sup>2</sup>aYonm  
 eioactqañKcódeOtyk)—VetodcaEntoncezktjZcbkjaocni—i  
 tñ-N—teldebTVntoea; o-aoiZencleGtaoc—)gq!; ornWeúdcn  
 oiñZKcól(a, —oq!fo<sup>2</sup>aeq—jylctineñPó-cndioa?—geoaqvoneo  
 códieoetj; oacqbiñWZe!lx<sup>2</sup>focúYar, oeiqdñciq-oc—a iñVenZo  
 ocañ i KóEchaieG—oaei, cóZacjOcóWcóXearj—cózyioarceaa  
 otapúcZ, foóNMacoióvr—o; reólkVcnióóZVeoafleúV i rivwj  
 teñVcbjklzlyx—tvo. i Hco; iztaWñzlapc; énrK, —lxñZj<sup>1</sup>ndc

## II

## DE LA SUEGRA

Hasta la edad de treinta años, el rostro de una mujer es un libro escrito en lengua extranjera y que aun se puede traducir, á pesar de las dificultades de todos los *gunaismos* de un idioma; pero, cuando pasa de los cuarenta años, una mujer se convierte en un geroglífico indescifrable, y sólo una vieja puede adivinar á otra vieja.

Algunos diplomáticos han intentado á veces la diabólica empresa de atraerse á las viudas nobles ó ricas que se oponían á sus designios; pero, si lo han logrado, sólo ha sido haciendo enormes sacrificios; pues son gentes muy gastadas, y no creemos que vosotros podáis emplear su receta con vuestra suegra. Ésta será el primer ayuda de campo de vuestra mujer, ya que si la madre no estuviese de parte de la hija, sería debido á una de esas monstruosidades que, desgraciadamente para los maridos, son muy raras.

Cuando un hombre es bastante feliz para tener una suegra bien conservada, le es muy fácil tenerla en jaque durante mucho tiempo, por poco que tenga la dicha de conocer á algún valeroso soltero; pero, por lo general, los maridos que tienen algún ingenio conyugal, saben oponer su madre á la de su mujer, y en este caso se neutralizan una á otra con bastante naturalidad.

Tener la suegra en provincias cuando se vive en París, y viceversa, es una de esas suertes que raras veces se ven en el día.

¿Malquistar á la madre con la hija?... La cosa es preferible; pero para llevarla á cabo, es preciso tener el corazón metálico de Richelieu, que supo enemistar á un hijo y á una madre. Sin embargo, los celos de un marido lo permiten todo, y yo dudo mucho que aquel que prohibía á su mujer que rezase á los santos, y que quería que no se dirigiese más que á las santas, la dejase en libertad de ver á su madre.

Muchos yernos toman la decisión violenta que lo concilia todo, y que consiste en enemistarse con sus suegras. Esta

enemistad sería altamente política si, por desgracia, no diese por resultado infalible el estrechar un día los lazos que unen á la hija con la madre.

Tales son, poco más ó menos, los medios que tenéis para evitar la influencia materna en vuestro hogar. Respecto á los servicios que vuestra mujer puede reclamar de su madre, son inmensos, y los socorros negativos no son tampoco menos numerosos. Pero de esto nada sabe la ciencia, porque todo es secreto. Los consuelos que una madre prodiga á su hija son por naturaleza tan variables, dependen de tal modo de las circunstancias, que querer hacer su nomenclatura sería una locura. Inscribid únicamente entre los preceptos más saludables de este evangelio conyugal las máximas siguientes:

Un marido no debe dejar nunca que su mujer vaya sola á casa de su madre.

Un marido debe estudiar las razones que unen á su suegra, con lazos de amistad, con todos los solteros de menos de cuarenta años que acostumbran á frecuentar su sociedad; pues una hija ama muy rara vez al amante de su madre, y una madre tiene siempre alguna flaqueza por el amante de su hija.

### III

#### DE LAS AMIGAS DE COLEGIO Y DE LAS AMIGAS ÍNTIMAS

Luisa de L\*\*\*, hija de un oficial muerto en Wagram, había sido objeto de una protección especial por parte de Napoleón. Salió de Ecouen para casarse con un comisario ordenador muy rico, llamado el barón de V\*\*\*.

Luisa tenía diez y ocho años, y el barón cuarenta. Tenía un rostro vulgar, y su tez no llamaba la atención por la blancura pero tenía un talle encantador, hermosos ojos, pie pequeño, hermosa mano, el sentimiento del gusto y mucha gracia. El barón, gastado por las fatigas de la guerra, y más aún por los excesos de una juventud fogosa, tenía una de esas caras en que la República, el Directorio, el Consulado y el Imperio parecían haber dejado sus ideas. Se enamoró de tal modo de su mujer, que solicitó del

emperador, y obtuvo, un empleo en París, á fin de poder velar por su tesoro. Fué celoso como el conde de Almaviva, más bien por vanidad que por amor. Como que la joven huérfana se había casado con su marido por necesidad, complacióse en creer que algún imperio llegaría á tener sobre un hombre de mucha más edad que ella. Esperábase toda serie de consideraciones y de cuidados; pero sus esperanzas quedaron frustradas desde los primeros días del matrimonio, al sentir los hábitos y las ideas de un hombre cuyas costumbres conservaban aun la licencia republicana. Su marido era un predestinado.

No sé con precisión cuánto tiempo duró la luna de miel del barón, ni cuando se declaró la guerra en su hogar; pero creo que fué en 1816 y en un baile muy brillante dado por M-D, donde el comisario ordenador admiró á la bella señora B... mujer de un banquero, y la contempló con mayor interés que el que un hombre casado debiera permitirse.

A eso de las dos de la mañana, ocurrió que el banquero, cansado de esperar, se marchó dejando á su mujer en el baile.

—Vamos á acompañarte á tu casa—dijo la baronesa á la señora de B...—Señor V\*\*\*, ofrezca usted la mano á Emilia.

Y he aquí al intendente sentado en su coche al lado de una mujer que, durante toda la noche, había recibido y desdenado mil obsequios, y de quien había esperado, aunque en vano, una sola mirada. Ella iba allá radiante de juventud y de belleza, dejando ver las espaldas más blancas, los contornos más hechiceros. Su rostro, conmovido aún por los placeres de la noche, parecía rivalizar en brillantez con el raso de su vestido, sus ojos con las luces de los diamantes, y su tez con la blancura de algunas plumas que, agregadas á sus cabellos, hacían resaltar el ébano de las trenzas y las espirales de los caprichosos bucles de su peinado. Su penetrante voz conmovía las fibras más insensibles del corazón. En una palabra, que despertaba tan poderosamente el amor, que Roberto de Arbrissel quizá hubiera sucumbido.

El barón miró á su mujer que, cansada, dormía en uno de los rincones del cupé. Involuntariamente, comparó la belleza y elegancia de Emilia con la de Luisa. En ocasiones semejantes, la presencia de vuestra mujer agujonea de un

modo singular los implacables deseos de un amor prohibido. Así es que las miradas del barón, puestas alternativamente ya en su mujer, ya en su amiga, eran fáciles de interpretar, y la señora B... las interpretó.

—La pobre Luisa está cansada—dijo.—Tiene inclinaciones sencillas, y el bullicio del mundo no le agrada. En Ecouen siempre estaba leyendo.

—Y ¿usted qué hacía allí?

—Yo... señor, no pensaba más que en representar comedias. Esa era mi pasión.

—Y ¿por qué viene usted tan rara vez á visitar á mi señora? Tenemos una casa de campo en Saint-Prix, donde hubiéramos podido representar una comedia en un pequeño teatro que he hecho construir allí.

—Y si yo no veo más á menudo á su señora, ¿quién tiene la culpa? Es usted tan celoso, que no la deja en libertad ni para ir á casa de sus amigas ni para recibir las.

—¿Yo celoso?—exclamó el señor de V\*\*\*.—Después de cuatro años de matrimonio y después de haber tenido tres hijos...

—¡Chitón!—dijo Emilia, dando un golpe con el abanico en los dedos al barón.—Luisa no duerme.

El coche se detuvo, y el intendente ofreció la mano á la hermosa amiga de su mujer para ayudarla á bajar.

—Espero—dijo la señora B...—que no impedirá usted á Luisa que venga al baile que doy esta semana.

El barón se inclinó respetuosamente.

Aquel baile fué el triunfo de la señora B... y la pérdida del marido de Luisa, pues él se enamoró locamente de Emilia, por la que hubiera sacrificado cien mujeres legítimas.

Algunos meses después de esta velada, en que el barón concibió la esperanza de lograr algo de la amiga de su mujer, se encontraba una mañana en casa de la señora B... cuando la camarera se presentó anunciando á la señora V\*\*\*.

—¡Ah!—exclamó Emilia,—si Luisa le viese á estas horas en mi casa, sería capaz de comprometerme. Entre usted en este gabinete y no haga el menor ruido.

Cogido el marido como en una ratonera, se escondió en el gabinete.

—Buenos días, amiga—se dijeron las dos mujeres abrazándose.

—¿Qué te trae aquí tan de mañana?—le preguntó Emilia.

—¡Oh! querida mía, ¿no lo adivinas?... Vengo para tener una explicación contigo.

—¿Algún duelo, acaso?

—Precisamente, querida mía. Yo no me parezco á ti. Amo á mi marido y estoy celosa de él. Tú eres hermosa, encantadora, tienes derecho á ser coqueta, y puedes muy bien burlarte de V\*\*\*, á quien tu virtud parece importarles bien poco; pero como no te faltarán amantes en el mundo, te ruego que dejes á mi marido. Está siempre en tu casa, y seguramente que no sucedería si tú no lo trajeses.

—¡Caramba! ¿qué bonito canesú llevas!

—Mi camarera lo ha planchado.

—Está bien, enviaré á Anastasia para que tome una lección de Flora.

—De modo, querida mía, que cuento con tu amistad y espero que me evitarás disgustos domésticos.

—Pero, hija mía, no sé cómo has podido creer que yo pueda amar á tu marido... Está gordo y colorado como un diputado del centro... Es pequeño y feo. Lo único que tiene es que es generoso; pero esa es una cualidad que agrada más bien que á mí á una bailarina de la Ópera. Ya comprenderás, pues, querida mía, que si yo hubiese de tomar un amante, como tú quieres suponer, no escogería á un anciano como el barón. Si yo le he dado alguna esperanza, si le he acogido, ha sido para divertirme y para desembarazarte de él, pues me pareció que tenías alguna inclinación por el joven de Rostanges.

—¡Yo! ¡Dios me libre, querida mía!—exclamó Luisa.— ¡Es el fatuo más insoportable del mundo! No, te aseguro que amo á mi marido... Podrás reírte, pero es lo cierto... Ya sé que esto me pone en ridículo, pero júzgame... Él ha hecho mi fortuna, no es avaro y me sirve de todo, puesto que la desgracia ha querido que yo quedase huérfana. De modo, que aunque no le amase, debía procurar conservar su estimación. ¿Tengo yo acaso familia para refugiarme en ella algún día?

—Vamos, ángel mío, no hablemos más de esto, que es aburrido hasta más no poder—dijo Emilia interrumpiendo á su amiga.

Después de algunos dichos más insignificantes, la baronesa partió.

—Y bien, caballero—exclamó la señora B... abriendo a

puerta del gabinete en que el barón estaba helado de frío, pues esta escena tenía lugar en invierno,—¿no se avergüenza usted de no adorar á una mujercilla tan interesante? Señor mío, no hable usted nunca de amor. Durante cierto tiempo, podría usted idolatrarme, como dice, pero no me amaría usted nunca como ama Luisa. Comprendo que nunca podrá pesar más en vuestro corazón que lo que pesan el interés que inspira una mujer virtuosa, los hijos, la familia... Ante la severidad de sus reflexiones, llegaría un día en que me vería abandonada. Diría usted de mí francamente: Esa mujer ha sido mía. Frase es esta que oigo pronunciar algunas veces á los hombres con insultante indiferencia. Ya ve usted, caballero, que razono friamente y que no le amo, porque usted tampoco podría amarme á mí.

—¿Qué hacer para convencerla de mi amor?—exclamó el barón contemplando á la joven.

Jamás le había parecido tan encantadora como en aquel momento, en que, su agradable voz le prodigaba palabras cuya dureza parecía desmentida por la gracia de sus gestos, por los movimientos de la cabeza y por su actitud coquetona.

—¡Ah! cuando yo vea que Luisa tiene un amante—repuso,—cuando yo sepa que no le he quitado nada y no pueda echar de menos su afecto de usted, cuando yo esté segura de que usted no la ama, adquiriendo una prueba segura de su indiferencia por ella... ¡Ah! entonces podré escucharle. Estas palabras acaso le parezcan á usted odiosas—continuó con profundo sonido de voz;—lo son, en efecto, pero no crea usted que las pronuncio yo. Soy el matemático riguroso que saca todas las consecuencias de una primera proposición. ¿Es usted casado y cree usted amar?... Sería yo una loca dando algunas esperanzas á un hombre que no puede ser eternamente mío.

—¡Demonio!—exclamó el marido.—Sí; usted es un demonio más bien que una mujer.

—Y usted es verdaderamente muy gracioso—dijo la joven cogiendo el cordón de la campanilla.

—¡Oh! ¡no, Emilia!—repuso con voz más tranquila el amante cuádragenario.—¡No llame usted, deténgase, perdóneme!... ¡Yo se lo sacrificaré todo!

—Pero yo no le prometo nada—dijo ella con viveza y riéndose.

—¡Dios mío, cuánto me hace usted sufrir!—exclamó el barón!

—¿No ha causado usted en su vida ninguna desgracia?—le preguntó ella.—Acuérdese de todas las lágrimas que han corrido por usted y para usted... ¡Oh! su pasión no me inspira la menor lástima. Si usted quiere que no me mofe, hágame participar de ella.

—Adiós, señora. Hay clemencia en sus rigores. Aprecio la lección que usted me da. Sí, tengo errores que expiar.

—Pues bien, vaya usted á arrepentirse de ellos—dijo con sonrisa burlona;—haciendo feliz á Luisa, cumplirá usted la más áspera de todas las penitencias.

Se separaron. Pero el amor del barón era demasiado violento para que los rigores de la señora B... no alcanzasen el objeto que se había propuesto, ó sea la desunión de los dos esposos. Al cabo de algunos meses, el barón y su mujer vivían en el mismo palacio, pero separados. La mayoría compadecieron á la baronesa, la cual, en sociedad, disculpaba siempre á su marido, cuya resignación admiró á todo el mundo. La mujer más meticulosa de la sociedad no tuvo que decir nada contra la amistad que unía á Luisa con el joven de Rostanges, y todo fué atribuido á las locuras de V\*\*\*.

Cuando este último hubo hecho por la señora de B... todos los sacrificios que puede hacer un hombre, su pérfida querida partió para las aguas de Mont-Doré, para Suiza y para Italia, bajo pretexto de restablecer su salud.

El intendente murió de una hepatitis, entre los cuidados más afectuosos que le prodigaba su esposa; y, por el pesar que mostró de haberla dejado, pareció que no había sospechado nunca la participación de su mujer en el plan de que era víctima.

Esta anécdota, que hemos escogido entre otras mil, es el ejemplo de los favores que las mujeres pueden hacerse.

Desde estas palabras: «Hazme el favor de llevar á mi marido...» hasta la concepción del drama cuyo desenlace fué una hepatitis, todas las perfidias femeninas se semejan. Cierta que se encuentran incidentes que matizan más ó menos el *specimen* que hemos presentado; pero la marcha es casi siempre la misma. Por eso el amigo debe desconfiar de todas las amigas de su mujer. Las sutiles astucias de